

Freud

La invención del inconsciente

Jonathan Lear

Traducción de Sara Ortega Álvarez-Casal



bauplan

Índice

Agradecimientos	11
Cronología	13
INTRODUCCIÓN	
Una conversación peculiar	17
UNO	
Interpretar el inconsciente	37
Dos	
Sexo, Eros, vida	67
TRES	
La interpretación de los sueños	97
CUATRO	
Transferencia	123
CINCO	
Principios de funcionamiento mental	149
SEIS	
La estructura de la psique	169
SIETE	
Moral y religión	193
CONCLUSIÓN	
Libertad de expresión y responsabilidad	217
Glosario	221
Notas	229

A Sam Ritvo

Agradecimientos

Me gustaría agradecer a mis estudiantes de la Universidad de Chicago y a mis colegas del Comité de Pensamiento Social y del Departamento de Filosofía por crear y mantener un maravilloso entorno de investigación y cuestionamiento. Tony Bruce, David Finkelstein, Sebastian Gardner, Gabriel Lear, Jerome Neu, Jennifer Stith, Candace Vogler y Kristina Wischenkämper leyeron el primer borrador y todos ellos han contribuido con valiosos consejos. Anne Gamboa, la asistente administrativa del comité, me ayuda todos los días. Mi interés por el psicoanálisis se generó por primera vez mientras enseñaba a Aristóteles en la Universidad de Cambridge. Estoy en deuda con mis colegas de Cambridge por las innumerables conversaciones, como también con quienes me formaron como psicoanalista en el Western New England Institute for Psychoanalysis, en New Haven, Connecticut. Me gustaría mencionar especialmente a Hans Loewald, con quien sostuve conversaciones semanales sobre psicoanálisis y filosofía que se alargaron durante muchos años; y a Sam Ritvo, cuya gentil y perspicaz presencia facilitó mi análisis. Este libro está dedicado a él, con profunda gratitud. También me gustaría agradeceré a mis dos lectoras ideales: mi hija Sophia y mi esposa Gabriel. Sophia está ahora en la universidad, y al escribirlo pretendí que le pudiera resultar interesante a alguien en su misma etapa vital. Gabriel es filósofa, comenzó siendo escéptica con el psicoanálisis, pero siempre se mostró interesada en discutirlo. Me animó a escribir este libro porque cree que, aunque haya personas que ponen en duda a Freud por motivos diversos, habrá entre ellas muchas que sienten curiosidad, son de mente abierta y están dispuestas a ser persuadidas por un argumento. No sería exagerado decir que no dejé de tener ambas cosas en mente al escribir cada frase de este libro.

Cronología

- 1856, 6 de mayo** Sigismund Schlomo Freud nace en Freiberg, Moravia (ahora Příbor, en la República Checa).
- 1859-1860** Freud se muda con su familia primero a Leipzig y luego a Viena, en parte motivado por dificultades económicas.
- 1873** Freud escribe a un amigo sobre su decisión de no dedicarse al derecho y dedicarse a la ciencia. Se gradúa con honores en el *Gymnasium*.
- 1875-1880** Estudia en la Universidad de Viena: Zoología, con el darwinista Carl Claus, Fisiología con Ernst Brücke y Filosofía Aristotélica con Franz Brentano.
- 1881** Se doctora en Medicina. Se muda a Berggasse 19.
- 1882** Se compromete con Martha Bernays. Se incorpora al Hospital General de Viena, en la clínica psiquiátrica de Theodor Meynert.
- 1884-1885** Estudia las propiedades anestésicas de la cocaína. Viaja a París para estudiar con Charcot en la Clínica Salpêtrière y se interesa por la hipnosis.
- 1886** Se casa con Martha Bernays. Renuncia al Hospital General y entra en la práctica privada como médico de enfermedades nerviosas.
- 1887** En Berlín comienza su amistad con el otorrinolaringólogo Wilhelm Fliess.
- 1893-1894** Trabaja con Josef Breuer en los *Estudios sobre la histeria*. Intenta dejar de fumar, pero abandona después de siete semanas. Escribe a Fliess: «Desde los primeros puros pude trabajar y ser dueño de mi humor;

- antes de eso, la vida era insoportable».
- 1896** Muere su padre. Freud comienza a analizar sus propios sueños. Acuña el término «psicoanálisis».
- 1899/1900** Publica *La interpretación de los sueños*.
- 1901** Comienza el tratamiento de Dora. Publica *Psicopatología de la vida cotidiana*.
- 1903** Da término a la amistad con Fliess.
- 1905** Se publica el estudio del caso de Dora. También *Tres ensayos de teoría sexual* y *El chiste y su relación con lo inconsciente*.
- 1906** Comienza la amistad con Carl G. Jung.
- 1907** Publica «Acciones obsesivas y prácticas religiosas» y «El creador literario y el fantaseo».
- 1908** El Primer Congreso Psicoanalítico se reúne en Salzburgo. Freud publica «Sobre las teorías sexuales infantiles».
- 1909** Viaja a América con Jung y Sandor Ferenczi para dar una conferencia en la Universidad Clark. Publica el estudio del caso del pequeño Hans, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años*, y el estudio del caso del hombre de las ratas, *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*.
- 1910** Se funda la Asociación Psicoanalítica Internacional. Freud trata al Hombre Lobo.
- 1911** Publica su análisis del Dr. Schreber, «Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente». Alfred Adler abandona la Sociedad Psicoanalítica de Viena.
- 1913** Publica *Tótem y tabú*. Rompe con Jung. Se funda la *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse*.
- 1914** Publica «Introducción del narcisismo». Escribe «Puntualizaciones sobre el amor de transferencia». Comienza la Primera Guerra Mundial.
- 1915** Publica «El inconsciente», «Represión» y «Los instintos y sus vicisitudes».
- 1916** Publica «La transitoriedad» y la primera parte de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.
- 1917** Publica «Duelo y melancolía» y la segunda parte de las *Conferencias introductorias*.
- 1918** Se reanudan las reuniones del Congreso Internacional de Psicoanalistas. Se publica «De la historia de una

INTRODUCCIÓN

Una conversación peculiar

1. INVOCAR A FREUD DE ENTRE LOS MUERTOS

Desde que existe la civilización, los seres humanos se han preguntado, desconcertados, por el ser humano. «¡No tengo la culpa!», dice el rey Agamenón en la *Iliada*. «Zeus, el Destino y la Furia que acechan en la noche, *ellos* son los que infundieron la salvaje locura en mi corazón». Esta es la explicación que dio Agamenón a su catastrófica decisión de arrebatar a Aquiles su recompensa, la esclava Briseida. Aunque ahora pueda parecer anticuada, desestimar esta explicación sería un error. En el momento en que Agamenón actuó, «encendido de ira», no dudaba de que estuviese justificado. Necesitaba proteger su honor y evitar la desgracia, a pesar de que, retrospectivamente, a la luz de la devastación militar que causó su decisión, le pareciera una «salvaje locura»: su razón estaba distorsionada, el acto no fue enteramente *suyo*, otra entidad estaba involucrada, otra mente. Una cuyos propósitos no puede entender completamente, aunque estén actuando a través de él.¹ Estas son las fuerzas que Sigmund Freud intenta explicar —*sin* invocar a Zeus. Freud pretendía entender a los seres humanos, su cultura, arte, ciencia y religión, como parte de la naturaleza, si bien, a diferencia de muchos psicólogos actuales, no quiso ignorar los misterios de la condición humana.²

Creo que entender esta forma de explicación a la que Freud llamó psicoanálisis es acuciante y que, para bien o para mal, estamos en un momento propicio para hacerlo. Cuando se trata de entendernos a nosotros mismos, además de nuestro incesante desconcierto sobre la condición humana, nos tienta la complacencia. Vivimos en una época en la

que la complacencia ha sido, cuando menos, sacudida. Se advierte en un conjunto de creencias que estaban en pleno apogeo al final del milenio:

Que podemos descubrir todo lo que necesitamos saber sobre el comportamiento y la motivación humanas realizando sondeos, analizando el voto democrático, las decisiones tomadas en el mercado y las modas en constante cambio. En definitiva, que la motivación humana es esencialmente transparente.

Que todos los desacuerdos humanos son resolubles en principio a través de la conversación racional y el entendimiento mutuo. Cada uno de nosotros actúa en función de lo que considera razonable y, si no cejamos en el intento de entender el punto de vista del otro, resolveremos finalmente los desacuerdos o, al menos, llegaremos a un punto en el que podamos «estar de acuerdo en la discrepancia».

Que hemos llegado al «fin de la historia» y las luchas épicas del cambio histórico han terminado; lo que queda sería básicamente un proceso de «globalización» homogeneizador.

Que todos los problemas psicológicos graves serán tratables pronto, ya sea con medicamentos o con neurocirugía. Los antidepresivos proporcionan el paradigma: lo que hasta ahora parecía un sufrimiento intratable puede recibir tratamiento con un medicamento que afecta a los neurotransmisores en el cerebro. Como cada problema psicológico debe producir alguna diferencia en el cerebro, a la larga descubriremos cuál es y aprenderemos a cambiarla. Por lo tanto,

La única forma de psicoterapia que se necesita es la conversación racional. Por ejemplo, un hombre puede sufrir un «error cognitivo», como creer que es un fracasado, por lo que no llegará a alcanzar el éxito. Desde esta perspectiva, lo único que necesitaría hacer es darse cuenta de su error: al verse como persona exitosa, comenzará a tener éxito. Podrían, asimismo, enseñársele nuevos comportamientos con los que afrontar mejor las situaciones. La terapia conductual o la cognitiva son más que suficientes. Y así,

«Freud ha muerto»: su visión de la «cura a través de la palabra» tendría tanta validez como invocar a Zeus.³

Es posible sostener cualquiera de estas creencias sin adherirse a las demás, aunque es fácil ver que unidas conforman cierta visión sobre cómo son los seres humanos. Esta visión toma su fuerza del hecho de que hay verdad en cada una de esas creencias: podemos descubrir mucho sobre los humanos a través de la investigación empírica, siempre es útil buscar el entendimiento mutuo, está ocurriendo un proceso de globalización, la neurociencia hará avances notables en el tratamiento de las dolencias psicológicas, la conversación racional puede ser de gran ayuda y Freud estaba equivocado en muchas de sus convicciones, por lo que merece ser criticado. Entonces, ¿cuál es el problema? El problema reside en la suposición implícita de que este panorama nos da *toda* la verdad sobre los seres humanos. Aquí radica la complacencia. Se nos alienta a creer que esta perspectiva nos da la explicación completa de la motivación humana *sin más* y que podemos descartar toda consideración más oscura sobre la motivación humana que no se ajuste a esta imagen.

Esta es la complacencia que se vio sacudida cuando cayó el World Trade Center. Porque, ¿qué podemos hacer contra fundamentalistas suicidas que se inmolan junto a miles de adultos y niños inocentes? Además del impacto y el trauma emocional, hubo también un desgarramiento en el tejido de nuestro entendimiento. Ya no nos sentimos seguros de comprender plenamente los fenómenos que confrontamos. Por supuesto, si uno está decidido a aferrarse a lo que llamaré la *imagen autocomplaciente* de la motivación humana, no hay nada en esta marea de acontecimientos que lo fuerce a abandonarla. Se podría seguir insistiendo en que si supiéramos más sobre las condiciones culturales en las que arraigó el fundamentalismo militante, si supiéramos más sobre la historia de la degradación de ciertos pueblos, entonces llegaríamos a entender sus motivaciones y sus razones (aunque pensáramos que no son buenas razones). Esta es la visión generalizada hoy en día en Occidente.

Irónicamente, los terroristas comparten esta misma visión. Si uno presta atención a los que están dispuestos a hacernos saltar por los aires, se sorprendería de hasta qué punto intentan presentarse como razonables. «Lo que América experimenta hoy no es más que un poco de su propia medicina», dijo Osama bin Laden poco después del 11 de septiembre. «Nuestra nación del Islam no ha probado otra cosa en más de 80 años de humillación y desgracia». En otras palabras, según el Sr. bin Laden merecemos ser atacados, merecemos

ser humillados; se trata simplemente de una venganza por los males que previamente hemos infligido. Sin duda hay mucho que aprender sobre la historia de la humillación, pero ¿no podría haber una instancia más profunda y siniestra? La presuposición fundamental, compartida por todo el espectro político, por terroristas y por nuestros líderes, ya sean progresistas o conservadores, es que nadie busca ser humillado. Y es precisamente esta presuposición la que Freud pone en cuestión.

El terrorista cree que *porque* su pueblo ha sido humillado, sus actos están justificados, pero ¿podría ser precisamente la situación inversa? Esto es, dado que obtiene cierto placer en el odio destructivo, desarrolla apego a su sentido de la humillación. Así, mientras puede ser cierto que el terrorista mata por un sentido de venganza, *también* es cierto que se aferra a su sentido de la humillación para poder seguir matando. Pero, ¿cómo podemos entender que alguien esté *motivado* para seguir sintiéndose humillado? En un nivel superficial, el terrorista cree sinceramente que odia su humillación y haría cualquier cosa para deshacerse de ella. Se sentiría profundamente ofendido, furioso, *humillado* ante cualquier insinuación de que, en realidad, tiene un deseo oculto de permanecer conectado a su sensación de degradación. La humillación no es algo que *quiera* y, por lo tanto, hacer cualquier cosa para promoverla va en contra de sus intereses. Por consiguiente, es irracional para él perseguirla. Lo que conduce al núcleo de la visión de Freud: que los humanos tienden hacia ciertas formas de *irracionalidad motivada* de las que tienen poca o ninguna conciencia. Cómo es posible esto es el tema de este libro.

No se trata de incidir, obviamente, en que solo otras personas puedan ser irracionales y seguir esta idea como un credo. Tampoco se trata de señalar la irracionalidad como causa de los impactantes acontecimientos que no alcanzamos a comprender. Es posible que algunos eventos desconcertantes y dolorosos puedan explicarse por diferentes razones.⁴ Sin lugar a dudas, deberíamos aprender todo lo que podamos sobre las condiciones históricas y culturales que fomentan el terrorismo. Si existen razones, deberíamos saber cuáles son. Sin embargo, en lo desconcertante y desgarrador, a veces es posible entrever la auténtica irracionalidad en acción. Analizándola podemos aprender a enfrentarla de manera más efectiva. Y una vez que la hemos vislumbrado, también somos capaces de ver su funcionamiento más cerca de casa, incluso dentro de la propia casa.

Ya de partida se advierte cuán extraño es afirmar que las personas puedan estar motivadas para ser irracionales. Nuestros filósofos más importantes, desde Sócrates hasta la actualidad, han demostrado que cuando tratamos de explicar la acción de alguien atendiendo a sus razones inevitablemente tendemos a racionalizar el acto.⁵ Es decir, una razón nos dará una explicación de lo que un agente *quiere* (considera apropiado, digno de perseguir) y *cree* sobre la situación, de manera que parece razonable realizar tal acto para alcanzar un objetivo. Por lo tanto, la presunción de racionalidad está incorporada en la propia interpretación de los individuos, en cuanto actúan basándose en sus creencias y deseos. Podemos, por supuesto, criticar a la gente por tener creencias falsas o erróneas, deseos inapropiados o malos, pero, en cuanto hay una acción, existe la presunción inevitable de racionalidad en la que las creencias, deseos y actos son coherentes.

Y si echamos un vistazo a las grandes disciplinas interpretativas humanísticas —historia, antropología cultural, psicología de la motivación, incluso economía— veremos que la suposición de racionalidad está incorporada en la propia interpretación. Porque si pretendemos captar cómo actúan los agentes —incluso si el agente es un pueblo, una cultura o una nación— en base a su percepción del mundo, inevitablemente debemos construir una visión que sea más o menos razonable en sus propios términos (por muy equivocada que podamos considerarla).

Por contra, el psicoanálisis intenta proporcionar una interpretación de los individuos, mostrarlos actuando de forma motivada y logrando ciertas gratificaciones, *sin* por ello racionalizar los actos. ¿Cómo puede una interpretación hacer esto? La pregunta requiere una larga respuesta. Aunque, en resumidas cuentas, Freud hizo dos movimientos cruciales que abrieron la posibilidad de una ciencia interpretativa de la irracionalidad motivada. Primero, introdujo formas peculiares de motivación: *deseo* y *fantasía*, que son similares al acto de querer en el sentido de que impulsan a la gente hacia ciertos actos que proporcionan gratificación, aunque no concuerden con sus creencias de manera racional. En segundo lugar, introdujo la *represión*: la idea de que la mente es activa y mantiene su propia actividad fuera de la percepción consciente. La cuestión no consiste simplemente en que haya ideas que puedan operar fuera de la percepción consciente, sino que la mente es proclive a mantener ciertas ideas fuera de la conciencia por estar prohibidas o proscritas.